
La mentira: tarea número uno del poder israelí*

Llego a Sabra y Shatila unos días después de la matanza.¹ Jamás podré olvidar lo que veo, lo que escucho. Al sur de Shatila, encuentro la fosa común cavada durante la carnicería. Un palestino me dice: «*Fíjese lo que han hecho, mis hijos, toda mi familia está allí*» y me señala con el dedo la tierra fresca echada sobre la enorme tumba. Él mismo se salvó porque justo había ido a buscar alimentos para su familia. Cuando retorna se encuentra con sus prójimos asesinados. Miro la tumba y veo cabellos rubios apenas recubiertos de tierra. Es una imagen surrealista. No sé qué me pasa. Toco esos cabellos y descubro que son de una muñeca. La levanto y le prometo a mi interlocutor palestino que llevaré ese elemento-símbolo de la tragedia a un museo nacional palestino, cuando se cree.

La matanza de Sabra y Shatila es sin duda la más terrible sufrida por los palestinos después de la Nakba (la catástrofe-expulsión de 1948). Es otro crimen cuyos autores –israelíes y libaneses– no han pagado hasta el día de hoy. La comisión investigadora israelí ha señalado al general Sharon como responsable personal de esta atrocidad. Puesto que no lo ha dicho claramente, Sharon ha podido proseguir su carrera.² Me acuerdo: después de haber leído el informe de esa comisión (publicado en febrero de 1983), telefoné a uno de sus tres miembros preguntándole:

— Por qué no han sido ustedes suficientemente precisos en las conclusiones respecto de Sharon y los demás?

Me contestó:

— No soy juez. Hablo un lenguaje bastante claro e imaginé que todo el mundo se iba a dar cuenta que Sharon debía abandonar la política.

En lugar de eso, Sharon, aprovechando las falencias del informe, ha proseguido su carrera política hasta llegar, precisamente a Primer ministro. No puede ser, efectivamente, ministro de Defensa porque la comisión le prohibió eso expresamente, pero está habilitado para todos los demás cargos.

* Editado por *Revue d'études palestiniennes*, n° 87, París, primavera 2003. Traducción del francés y notas al pie: LESF.

¹ El asesinato colectivo fue durante el 16 y el 17 de setiembre de 1982: tuvo lugar al sur de Beirut, en los dos campamentos palestinos que menciona el autor. Fueron varios cientos los asesinados.

² Esta falta de claridad está celosamente cultivada y protegida por Sharon, el Mossad y los círculos próximos: cuando el maronita Geyamel se estaba por presentar como testigo (de cargo) en el Tribunal Internacional de La Haya, hace muy pocos años, para acusar a Sharon como el real instigador de «la tarea» que el mismo Geyamel junto con sus milicias «cristianas» ejecutó en Sabra y Shatila, una bomba lo deshizo con el auto que lo conducía al juicio.

La evocación de la matanza de Sabra y Shatila hoy en París,³ y en todo el mundo, es necesaria no sólo para conmemorar el vigésimo aniversario de esta carnicería sino sobre todo para recordar que los responsables de este delito tan atroz continúan desempeñando un papel principal en la actividad política israelí y continúan burlándose del informe de la comisión investigadora. Éste es el primer motivo de nuestra presencia aquí.

Segunda precisión: a medida que el tiempo pasa, se encuentran más y más falsedades increíbles respecto de lo que pasó en setiembre de 1982 en los campos arrasados. Hay que denunciar y barrer estas falsas «verdades».

Nos acordamos de las afirmaciones de Begin en la Knesset: «*Goyim [no-judíos] han matado goyim y se nos acusa a los judíos*». Sin embargo, quienes han leído el informe de la comisión ya citada o la prensa del momento, o incluso mi trabajo (aparecido en diciembre de 1982) sobre la matanza, saben a quién corresponde la responsabilidad de estos asesinatos masivos. Muchos otros lo ignoran. Y es sobre todo para estos últimos que es importante recordar los hechos.

Veamos un ejemplo, entre tantos, de la falsificación programada por los responsables de esta tragedia. Se trata de una entrevista aparecida en el cotidiano israelí *Yediot Aharonot* a propósito del vigésimo aniversario de la matanza. El general Amir Drori, comandante en jefe de las fuerzas israelíes en Beirut durante la carnicería, y que había recibido la orden de ocupar Beirut luego del asesinato de Bachir Geyamel, le da al periodista su testimonio, que por otra parte está a punto de aparecer en un libro.

De primera, Drori afirma: «*No sabíamos nada en absoluto de lo que pasó en los campamentos [durante la matanza]*». La verdad es bien distinta: los falangistas que perpetraron la matanza se mantenían con *walkies-talkies* en contacto con Elie Hobeïka, su representante ante el Q. G. israelí y le transmitían los nombres de los asesinados –mujeres, niños, ancianos– desde el mismo comienzo de la hecatombe. Preguntaban si era necesario continuar y la respuesta israelí era terminante: «*No hagan semejantes preguntas. Ejecuten la voluntad de Dios*». La información sobre la carnicería llega de inmediato a los militares israelíes que estaban en las intermediaciones y las transmisiones se hacían a todo volumen. Hasta los soldados que custodiaban los dos campamentos son testigos de los múltiples asesinatos. Y sin embargo, Drori pretende: «*Sólo lo sabían los estadounidenses. Nosotros no teníamos la más mínima idea. Yo, no sabía nada, en absoluto*». Y prosigue: «*Ese mentiroso de Arafat ha dejado en Beirut a 2.000 terroristas: había además mil milicianos de izquierda y encima varios cientos de crápulas de todas las organizaciones, con medios de combate enormes: las falanges incursionaron en los campamentos con 150 efectivos. Delante de ellos, había según nuestras estimaciones unos 2.000 terroristas palestinos. Lo que a mí me inquietaba no era que pudieran cometer una carnicería (sic); lo que a mí me inquietaba era que nos viéramos obligados después a ayudar a los falangistas a salir de los campamentos, porque la relación de fuerzas entre ellos y los 2.000 palestinos iba a resultar muy pero muy desigual (sic)*».

El general pretende que nadie sabía que había una matanza en el momento en que estaba siendo llevada a cabo, «salvo algunos estadounidenses». Cada palabra de esa frase es una mentira, como por ejemplo la referencia a los "dos mil terroristas dentro de los campamentos". Si eso hubiese sido cierto, los 150 falangistas que entraron a los campamentos el primer día de la matanza, habrían sido prácticamente

³ El autor presentó este texto en setiembre de 2002. Nosotros lo hacemos nuestro en el 22º aniversario.

aniquilados. Antes de la invasión al Líbano, hubo un acuerdo entre los falangistas y el estado israelí acerca de la participación de los primeros en los combates. Los falangistas no respetaron su promesa de participar en la guerra. Fue el ejército israelí, solo, el que tuvo que combatir a las organizaciones palestinas y al ejército sirio. Durante las hostilidades, el comando israelí exigió una sola vez a las fuerzas falangistas de guardar las apariencias y ocupar una localidad que estaba entonces en manos de fuerzas palestino-progresistas. No lo hicieron, alegando pretextos fútiles. Y de pronto, según el imaginativo general Drori los falangistas se encuentran delante de dos mil combatientes y los liquidan sin tener una sola pérdida! Milagroso. Si en los campamentos hubiese habido unos 150 fedayines, pongamos un número igual al de los asaltantes, no habría habido matanza. Así de sencillo.

Desde hace veinte años y cada vez más, con el tiempo, aparecen descripciones que resultan cada vez más inverosímiles sobre lo acontecido en Sabra y Shatila. Por eso es tan importante volver sobre los hechos, evocar una vez más esta matanza. Los detalles de tan terrible episodio no faltan, los hechos son conocidos y testarudos. Pese a ello, en la prensa israelí y a veces también en la prensa internacional, aparecen «contra-verdades» inauditas sobre este atroz acontecimiento.

La tercera razón para no echar Sabra y Shatila al olvido: el peligro de un retorno de ese horror, en otros lugares, en otras circunstancias, con participantes distintos, pero con los mismos, desastrosos, resultados. Con Sharon en el poder, se puede esperar recidivas de este mismo género, como por ejemplo lo que se vio a fines de marzo de 2002 en muchas localidades cisjordanas, como Naplus y sobre todo Jenin: una destrucción masiva acompañada de matanza indiscriminada de pobladores.

Es Simon Peres, el ministro israelí de Relaciones Exteriores, el que utiliza el vocablo «matanza» a propósito de Jenin, en el cuarto día del asalto israelí al sur de Cisjordania. Esa operación había sido lanzada como represión de respuesta al asalto kamikaze en la fiesta del Pessah en Netanya. Simon Peres habla asimismo de un centenar de muertos. De inmediato, el vocero del ejército israelí habla de dos centenares de muertos palestinos. Debe renunciar de inmediato y el número de muertos, del lado palestino, desciende oficialmente a cuarenta y cinco. Cuando se leen los testimonios de los soldados israelíes o de los pilotos de los helicópteros Cobra, que lanzaron 800 misiles sobre las viviendas, uno se pregunta a dónde fueron a parar las víctimas, desaparecidas. Para remate, los heridos de Jenin, pierden gradualmente la vida, porque estuvo terminantemente prohibido intervenir con todo plan de socorros médicos. El que fue herido se salva por sí mismo o porque un vecino lo puede ayudar. Pero los que son heridos en las calles, se desangran hasta morir.

A propósito de estas víctimas, el director del hospital de Jenin, un edificio sobre una colina al cual concurren dos o tres veces por día camiones frigoríficos para cargar los cadáveres encerrados en bolsas de plástico, atestigua que ha visto todo el procedimiento desde la ventana de su estudio. Una parte de los muertos fue probablemente transportada y enterrada en alguna otra parte. Existe un cementerio en el valle del Jordán, cerca del río, llamado por los palestinos, «el cementerio de los números», porque allí, sobre las tumbas, no figuran los nombres de quienes han sido enterrados, sino únicamente números. Cada nueva «tanda de ingresos» hace aumentar los números de las víctimas.

Por lo demás, hay otro rasgo que nos hace acordar de Sabra y Shatila, en donde los camiones entraron a los campamentos tres o cuatro veces durante las 40 horas

del operativo. La *razzia* que hacían caía únicamente sobre los varones adultos, que se llevaban y luego desaparecían. No sé. ¿Adónde los enviaban? Años más tarde, se descubrió en algún sitio del Líbano una fosa común conteniendo, puede ser, porque no hay pruebas, los cadáveres de estos hombres detenidos en Sabra y Shatila y asesinados. En Jenin también, hay hombres que el Ejército de Israel se ha llevado. ¿Están detenidos todavía? ¿Están vivos?

Una matanza como la que recordamos está entonces siempre latente. Hay que estar bien alerta, sobre todo en el contexto de manos libres que Bush le ha dado a Sharon («hombre de paz», lo ha calificado) y ante la eventualidad de una guerra contra Irak.⁴ Hay que recordar que al día siguiente del 11 de setiembre de 2001, el ejército israelí bajo las órdenes de Sharon (que no es ministro de Defensa, insisto; la comisión Kahane se lo ha prohibido), actuó como si lo fuera e incursionó en Jenin. Casi nadie en el mundo se interesa por lo que aquí pase; la gente es asesinada, herida, detenida y el ejército derriba edificios, como tareas normales.

He procurado destacar la mentira. La mentira es la primera tarea del poder, ya lo era en tiempos de Ehoud Barak, para movilizar a los israelíes en contra de los palestinos. Si los pacifistas israelíes, la izquierda, los liberales, son pocos, no alcanzan ante una situación tan terrible, si disminuyen en número o al menos no crecen, es a causa de una campaña de mentiras que ha provocado tantas deserciones en sus filas.

Estas contra-verdades comenzaron con Barak, al día siguiente de los acuerdos de Camp David. Barak –estoy cada vez más convencido– no buscó nunca, ni siquiera al principio, un acuerdo con los palestinos. Quería dictar una solución en la cual todo Jerusalén quedara bajo soberanía israelí. Ningún palestino podía aceptarlo, sea de izquierda o de derecha, radical o conservador. Las otras propuestas sobre las fronteras, las colonias, los refugiados (el retorno de un máximo de diez mil), etcétera, eran todas inaceptables para los palestinos. Barak recuerda: «*Les presentamos propuestas muy generosas a los palestinos*». Lo opuesto es lo verdadero. Cuando Arafat rechaza este «maná», deja de ser un «socio para la paz» a los ojos del premier israelí. La propaganda orquestada por el gobierno de Barak ha convencido desgraciadamente a una gran parte de la opinión pública israelí.

De inmediato sobrevino la intifada. La provocación de Sharon paseándose sobre la explanada Haram ash-Sharif. El informe de Mitchell, objetivo y sumamente contenido, califica de «provocación» esta visita de Sharon. La propaganda oficial descarga la responsabilidad de la irrupción de la intifada en los palestinos y para nada sobre Barak, que no impidió semejante «visita», ni sobre la policía o el ejército que, juntos, mataron durante tres días a 28 manifestantes palestinos y herido a quinientos.

La tercera de esta serie de mentiras es inadmisibles y sublevante: se presenta a la Autoridad Palestina y a su jefe Yaser Arafat como picapleitos, como «criminales y terroristas», solo empeñados en la guerra. La campaña antipalestina ha logrado hacer estragos en la misma izquierda. Una minoría no acepta la versión oficial de Camp David, acerca de la irrupción de la intifada ni sobre la personalidad de Arafat, pero la mayoría sí la acepta de muy buen grado.

Tiempo pasará antes de que el campo de la paz logre salir de este pantano. Los grupos de israelíes pacifistas actúan corajudamente por la paz, en condiciones difíci-

⁴ Algo que, lamentablemente, entre las palabras de Kapeliuk y nuestro presente, ya se ha llevado a cabo; así como nuevas «matanzas»; las últimas en Gaza y más atroces todavía que las habidas en Jenin

les. La solidaridad de movimientos como el Comité de Vigilancia para una paz real en el Cercano Oriente⁵ representa un fenómeno alentador.

⁵ Se refiere, probablemente, a la organización que lo invitó a la conmemoración.